

La crisis encantada

España es todavía hoy —como a principios del siglo xvii definía el arbitrista castellano González de Cellori-go— *un país de gentes encantadas que parecen vivir fuera del orden natural de las cosas*.

Muy deslumbrados, en efecto, estaban aquellos nuestros antepasados ante el tráfico de los cargamentos americanos de plata. La plata, según el *orden natural de las cosas*, pasó a manos de aquellos países que trabajaban y producían mejor. En la península dejaron los precios altos, la industria arruinada, el comercio en manos extranjeras, el hábito del consumo suntuario y la perdurable e ilusoria esperanza de que la próxima flota de las Indias aportaría un cargamento de tales dimensiones que todas las necesidades serían provistas. Pero, ¡ay!, los piratas, los terribles piratas protestantes la interceptaban de continuo. Entre tanto, se pedía al arbitrista de turno que encontrara una solución ingeniosa y casi mágica, un *arbitrio* que lo arreglara todo sin demasiado esfuerzo para nadie.

Sí; hoy también el nuestro es país de gente cómodamente encantada que no encuentra al buen desencantador que la desencante a tiempo. Al resistirnos a despertar del sueño del *desarrollo*, tan inesperado como breve y quizá caro, somos un pueblo, al fin, al que

los años de la dictadura habituaron a sentirse, frente al Estado, al margen de toda participación y, en consecuencia, de toda responsabilidad. Como a los hijos consentidos, se le dieron cosas para disfrutar la ausencia de otras. Y cuando se produjo el cambio de régimen, hubo quien se preguntó de forma confiada o egoísta: *y ahora, ¿qué nos traerá la democracia?*

La llegada del nuevo régimen había de coincidir, sin embargo, y punto por punto, con la manifestación ya inequívoca de la crisis económica. No se trataba, por supuesto, de la crisis de la democracia. Poco se ha insistido en la dramática coincidencia de los dos períodos liberales que en España se producen en lo que va de siglo. La Segunda República y el régimen actual se inician cuando ya ha comenzado, en 1929 y en 1973, una fase de grave depresión en la economía.

Nuestros políticos no sólo son culpables del retraso en tomar medidas adecuadas, sino también, y sobre todo, de no afrontar esta realidad. Como quien duda en dar una mala noticia en una fiesta, en la fiesta ahora deslucida de la democracia.

Porque de crisis se habla, y mucho, pero con atenuantes. Se habla de una crisis coyuntural que el plan económico del gobierno resolverá en uno o dos

años. De la crisis a que afectan las medidas del nuevo gabinete. Entre tanto, la oposición, discretamente, permite vislumbrar que ella sí tiene la solución. De este modo, el ciudadano medio puede creer lo que en el fondo ansia. Que no sucede nada irremediable, que las aguas de la breve tempestad canalizarán pronto y el paisaje volverá a sonreír plácido, que las causas de la crisis son endógenas, localizables en ese pequeño grupo de hombres que no han sabido hacer funcionar la maravillosa máquina del *Boletín Oficial*. Que muy pronto vendrá uno —¿el de antes?— que entiende más. Se reparará la avería. ¡Alguien encontrará el *arbitrio* salvador! Como en los antiguos griegos, queda la posibilidad de recurrir al chivo expiatorio. Si el miedo no tenía fundamento, el remedio se revela milagrosamente eficaz y el encantamiento puede continuar. Pero si, como nos sucede ahora, el peligro es real, el tiempo perdido, el desconcierto y la persistencia de la apatía pueden ser fatales. Se corre el riesgo de que, de desengaño a desencanto, de seis meses en seis meses, vayamos deslizándonos hacia una situación que se nos ofrezca como sin salida y ante la cual seamos incapaces de nada más que de la queja impotente.

Evitarlo requiere romper el *embrujo* y pasar a la acción. Ello sería propio de una gran personalidad política que no hemos tenido y que la historia brinda muy raramente. Lo es también de todos aquellos empeñados en asumir la realidad sin alarmismo, pero sin confianzas pasivas para afrontar la crisis de forma válida.

Ciclos históricos

La crisis, que insinuada hacia 1972 con dificultades monetarias, se asentó plenamente a partir de 1974 con los

sucesivos aumentos del coste de la energía, aparece, a medida que se extiende la perspectiva, como bien distinta de las crisis de período breve, que el recetario keynesiano había permitido superar sin demasiados trastornos. Como tantos otros aspectos de la vida de los hombres, la economía está afectada por temporalidades diversas, por movimientos periódicos de más corta o más larga duración. Acostumbrados hasta ahora a las comodidades del corto plazo, nos resistimos a admitir la importancia ¡y la incertidumbre! de los movimientos a largo plazo, aquellos que, como dice el historiador Witold Kula, por su acción acumulativa provocan los cambios de estructura.

De nuevo la atención recae en el análisis de los ciclos largos que traerían consigo las alteraciones coyunturales como, según la conocida imagen de Simiand, la marea trae las olas. El ciclo Kondratieff, de medio siglo, que había iniciado bruscamente, en 1929, su fase descendente para cambiar de signo después de la Segunda Guerra Mundial y sostener los veinticinco años de un crecimiento sin precedentes, podría ahora recomenzar de nuevo. Es más, cabría la posibilidad de que viniera a coincidir, como parece que ocurrió a mitades del siglo xvii, con un cambio del *trena* secular, tan favorable desde finales del siglo xix. No se trata de caer ahora en el determinismo de la periodización. Si se vuelve a pensar en ello es debido a que la confianza en una continuidad de crecimiento —en una continuidad sin esfuerzo— difícilmente puede sostenerse, aunque psicológicamente cueste admitir la renuncia a tan reconfortante ilusión.

La forma en que la crisis actual se presenta puede también justificar las dudas. A diferencia de la de 1929, tan repentina, espectacular y relativamente breve, es decir, inequívoca y típica, la de ahora, a la que el nombre de *crack*

no convendría, se nos aparece como una lenta inundación que va cubriéndolo todo. Permite, sin embargo, la duda de los obstinadamente confiados. Paradójicamente, nos ofrece una clara regresión económica, con disminución del ritmo productivo y con paro creciente y, al mismo tiempo, una inflación que sigue implacable su alza. Ferdinand Braudel, en su último libro, *Le temps du monde*, se hace eco del interrogante de si el Estado-Providencia, y en razón de sus propios esfuerzos, es el responsable de las extravagancias de la crisis.

Por otro lado, esta inquietante y enigmática crisis económica se inscribe también dentro de un marco de crisis general. Así, si en el último cuarto de siglo hubo en la mayoría de los países desarrollados un completo acuerdo respecto al objetivo de crecimiento expresado en términos de aumento de la renta nacional, el informe *Interfuturos* de la OCDE señala el fenómeno de que, a partir de 1968, ha surgido una viva contestación sobre la forma de crecimiento, al mismo tiempo que emergían nuevas demandas en cuanto a la actitud con respecto al trabajo, las preferencias entre renta y otras satisfacciones, las prioridades entre los diferentes bienes o servicios y la aparición de nuevas preocupaciones como son, por ejemplo, las referentes a la salvaguarda del medio natural. Estas exigencias supondrán un notable cambio de valores que, de afectar a la mayoría de una sociedad, puede darle otra orientación y, de ahí, una renovada cohesión. Pero que también es susceptible, allí donde sea acogido por los distintos grupos sociales con disparidad de criterios, de abrir un período de fragmentación en el que, paralelamente a la actitud contestataria respecto a la legitimidad de la autoridad, coexistirían múltiples minorías que lucharían por valores contrapuestos. Del mismo

modo, también se resquebraja con rapidez la antigua concepción del crecimiento ilimitado a que parecía haber dado paso la revolución industrial. Es de todos sabido que se agotan los recursos del subsuelo que han sido utilizados masivamente, tanto en fuentes de energía como en materias primas no renovables, y que las mayores reservas no se hallan en la actualidad dentro de las fronteras de las grandes potencias económicas. Ello demuestra además que la abundancia de producción de que ha gozado Occidente durante dos siglos estaba basada, en buena parte, en un malbaratamiento de recursos naturales, sólo posible gracias a precios colonialistas que una determinada distribución del poder político, a escala mundial, había impuesto. No es viable mantener el desarrollo económico sólo en una reducida zona de la tierra ni puede extenderse en todas partes, puesto que los recursos son limitados, el modelo occidental. El aumento del precio del petróleo no es más que un primer paso hacia una más racional y más justa administración de los recursos y hacia un modelo de desarrollo más extensible que el actual, basado en la sustitución de materias primas minerales por otras renovables. Lo que no significa en modo alguno un retorno imposible hacia un pasado rural arcaico, sino, por el contrario, un esfuerzo gigantesco de invención y de creación, tanto en el terreno económico como en el social y cultural, con la emergencia suplementaria de nuevas formas de vida y de bienestar que no estén basadas fundamentalmente en el consumo. En ese momento, quizá el período de los dos o tres primeros siglos de la revolución industrial habrán de considerarse tal y como confusamente podemos empezar a entrever hoy, como la etapa inicial, salvaje y predatoria que precede a la fase duradera y estable de crecimiento autoalimentado.

Hacia un futuro más racional

Este largo e imprevisible proceso comportará, sin embargo, como toda crisis histórica, una redistribución de papeles. Los pueblos más aptos, más creadores, al adivinar y orientar los cambios, sabrán aprovecharlos. Aquellos inertes o insolidarios irán a la zaga. Toda crisis, a medio o largo plazo, es selectivamente darwiniana.

Pero aún hay que añadir la imposibilidad de encarar la crisis económica como un asunto de orden interno. La interdependencia es, cada día más, una condición ineludible. Ni el crecimiento de los años sesenta ni la crisis actual se explicarían sin contar con factores externos. La apertura supone un reto ineludible: el de tener que afrontar una concurrencia cada día más dura. Porque el proteccionismo, desde la momentánea paz del aislamiento, conduce inexorablemente a la esclerosis. Pronto hará dos siglos que Novalis afirmaba que *toda historia es necesariamente mundial*, y el tiempo no ha hecho sino confirmarlo, especialmente en el terreno de la historia económica.

Si desde estas perspectivas, que sólo pretenden restituir a la crisis económica su carácter grave y, asimismo, estimulante, se examina el tratamiento político que se le da, su insuficiencia e incluso su contradicción resulta más espectacular.

La reforma fiscal supone, entre otras cosas, el ejemplo de una ocasión perdida si se tiene en cuenta que después de ella el aumento de los gastos del Estado fue superior al fruto de una presión fiscal multiplicada. Para nuestra desgracia, aparecen en todos los terrenos rigideces crecientes cuando sería deseable atravesar un largo período de reajustes que han de exigir mucha flexibilidad. En su lugar, unas estructuras socioeconómicas anquilosadas que reclaman además la ayuda del Estado

para perpetuarse constituyen un peso muerto que puede llegar a impedir la indispensable libertad de maniobra.

Más grave resulta *la falta de reflejos vitales* de que da muestras la sociedad. Por un lado se inhibe y abdica en el aparato del Estado toda responsabilidad y toda iniciativa; en un aparato estatal que no tiene una tradición de eficacia y aprovechamiento intensivo de los escasos recursos. Por otro, ante las dificultades se agrava la oligopolitización de la vida social, fenómeno que resulta de la configuración de grupos que negocian en situación de fuerza, con el Estado, o con otros grupos, a fin de obtener para sus múltiples reivindicaciones una financiación con fondos públicos.

Debe creerse que en esta multiplicación de resistencias, inhibiciones y egoísmos desempeña un papel muy importante la ausencia de auténtica conciencia de lo que realmente está en juego. Por ello ha de insistirse en la necesidad de que todos aquellos que tienen una responsabilidad política o social den ejemplo en todo momento *de asumir la gravedad de la crisis como paso indispensable para afrontarla válidamente*.

Queda ahora por examinar la situación de España ante la crisis y cómo ha sido esbozada, las dificultades que han de enfrentarse y las posibilidades que se abren.

España en la encrucijada

En el inventario de limitaciones debe señalarse en primer lugar que España carece de fuentes de energía y materias primas. Cuando empieza a notarse la escasez y los precios no son ya los que imponen los mercados compradores, esta deficiencia no sólo pesa sobre los costos, sino que, además, habrá de tenerse en cuenta al seleccionar

los nuevos sectores prioritarios. Economizar en el consumo de recursos naturales debería convertirse en el primer vicio, o virtud, si se quiere, en cualquier caso, en la obsesión de los españoles.

Faltan, asimismo, capitales. Podría decirse que la economía española se ha basado siempre más en la industriosisidad que en las disponibilidades financieras de los empresarios, limitación que alcanza más relieve en la medida en que una de las características del momento actual es el creciente valor de la relación capital-producto; y en el que el sector energético necesitará de inmediato inversiones fuertes si se pretende evitar un colapso de la economía española durante un período de transición que ya ha empezado y que puede durar cuarenta años. También debe apuntarse que nuestra economía ha sufrido, durante los últimos cinco años, una descapitalización anémica, de la que debe rehacerse. No pueden olvidarse los déficit que han venido acumulándose durante los últimos años, y especialmente el problema del paro, que afecta al diez por ciento largo de la población activa. La absorción de este paro —hasta que no sobrepase un cuatro por ciento de desocupación— en un plazo de diez años exigirá un crecimiento del producto interior de un cinco por ciento anual, tasa que se aproxima a la de los años sesenta y que no podrá recuperarse fácilmente.

Este dato —como los anteriores— indica ya que una rápida recuperación de la economía española no es cuestión de simple voluntarismo y que será necesario tiempo y una lúcida y perseverante acción para hacerla posible.

Conviene recordar asimismo que la industria española que se situó en la última gran oleada de industrialización no siempre dispone, a diferencia de la que surgió en la primera etapa, la del siglo xix y primer tercio del xx, de

bases sólidas, ya que en muchos casos surgió de improvisaciones aventuradas animadas por la esperanza de que los altos crecimientos serían perdurables y disimularían la frágil estructura de la empresa, y al calor de la mano de obra barata que proporcionaba la inmigración interior. Ahora, desaparecidas las excepcionales circunstancias que las hicieron posibles, hay que estudiar cuál es la viabilidad de fuerza de estas empresas.

Porque hoy, confesémoslo, ya somos demasiado ricos —o vivimos como si lo fuésemos— para poder soportar la competencia con los países, hasta ahora subdesarrollados, que han iniciado su industrialización. Difícilmente nuestros tejidos podrán disputar en los amplios mercados a los de Corea o Singapur y no hemos alcanzado aún el nivel de calidad ni disfrutamos de la misma tecnología avanzada que nos permitiría competir con Alemania Federal o con los Estados Unidos.

Todas estas dificultades y limitaciones son innegables y el camino a recorrer no ha de ser fácil. Con todo, España está desde hace siglos inserta *dans le temps du monde*, en el tiempo cambiante y activo de la historia. Soñar en una situación marginal e «intemporal» es un sueño inútil.

Recuerdo un viejo escudo alicantino: una flecha blanca, vertical, sobre un campo azul, y debajo la leyenda: «O sube o baja». No es posible pararse a descansar. Incluso mantener una situación dada exige un esfuerzo. Creo que la tan repetida afirmación del señor de Lampedusa: «*Es necesario que todo cambie para que todo siga igual*», admite también una lectura distinta a la que se le da corrientemente: no sólo el progreso, el ascenso, piden cambios, renovaciones y esfuerzos; lo exige, incluso, el simple mantenimiento de la vida —que es renovación constante de células muertas—, que es, también,

adaptación incesante al tiempo cambiante. Pararse es caer, debilitarse. Conservar el equilibrio supone esfuerzos variados, no es el resultado de inercias.

Si se insiste en ello es porque parece fundamental dejar bien claro que una comunidad viva en un mundo cambiante no soporta, sin graves daños, el estado estacionario. Toda crisis, además, constituye una fase selectiva, supone desestructuraciones inevitables y, si la respuesta es creadora, reestructuraciones adecuadas.,

Habrà que hacer transferencias constantes de hombres y de capitales de unos sectores arcaicos a otros nuevos. Por ello es alarmante la progresiva «osificación» del mercado del trabajo, la tendencia a ver en un puesto de trabajo un puesto «en propiedad» vitalicio, inamovible. La influencia de esta concepción en el crecimiento del paro es evidente.

El paro, crisis capital

El paro ha sido siempre un fenómeno cíclico de consecuencias sociales graves ligado a la recesión. Pero ahora el paro responde también a una tendencia a largo plazo en la que confluyen diversos factores: el crecimiento de la población activa, naturalmente; pero no menos la inadaptación de la oferta de trabajo al más alto grado de aspiraciones individuales —que van unidas al aumento de niveles educativos y, junto a éste, al de expectativas; así como la consideración de costo fijo, progresivamente elevado que tiene, para el empresario, todo puesto de trabajo y a su resistencia a crear nuevos. Ha de incluirse asimismo la tendencia por parte del trabajador, salvaguardado por la protección social, a no aceptar cualquier trabajo, sino aquel que signifique para él una promoción o al menos que no represente ningún esfuerzo de adaptación.

Por su parte, el empresario, ante

cualquier dificultad, no la combate con sus medios y por su cuenta y riesgo, sino que se cree, escudándose también en motivos sociales, en el derecho de *reclamar ayuda pública y de transferir las pérdidas a cargo de entidades estatales o paraestatales.*

Bien entendida, la función protectora del Estado parece un progreso irreversible. Lo que convendría examinar es si, frente a las consecuencias nocivas de la forma en que se aplica, no deberían cubrirse las mismas necesidades por una vía que no fomentara el anquilosamiento social. Uno de los resultados de la crisis ha sido justamente el planteamiento de lo que llamamos la prospectiva de las leyes. Una sociedad ha de ser justa, pero ha de estar en forma; si no es así, a la larga tampoco podrá ser justa, simplemente porque dejará de ser. Un gobierno, ante sus opciones, ha de escoger aquellas que sean portadoras de futuro. Y deberá emprender la difícil tarea de podar los sectores caducos y favorecer la emergencia de otros nuevos y mejor adaptados al tiempo y a nuestras posibilidades. Nuestra sociedad debería reencontrar un muy necesario espíritu de juventud y, de acuerdo con él, el gusto por el riesgo y la capacidad de emprender no una sola, sino múltiples experiencias.

Nuestra sociedad debería conocer bien sus posibilidades. Porque si antes hemos hablado de limitaciones y deficiencias, también hay que tener conciencia de los factores favorables con que contamos cara al futuro. Uno de ellos podría ser la diversificación de nuestra industria. Otra es el minifundio de nuestras empresas que en tiempos de crisis se han revelado como más capaces de adaptarse, de incorporar innovación, de reconvertirse; las grandes empresas, poderosas en tiempos normales, quizá resultan, como los enormes reptiles del Secundario, par-

ticularmente vulnerables e inviables cuando el medio cambia. ¡Y no hablemos de las empresas nacionalizadas! El caso es que las pequeñas empresas, aquellas que pertenecen al «sector con-currencial» más que al gran capitalismo de tendencias monopolíticas, han puesto de manifiesto unas sorprendentes aptitudes para renovarse y sobrevivir. Un informe del MIT nos descubre que durante los últimos quince años más de la mitad de los nuevos puestos de trabajo creados en los Estados Unidos han sido obra de empresas con menos de cincuenta empleados. No son, pues, un arcaísmo a extinguir: sólo necesitan las mismas facilidades financieras de que vienen disfrutando casi en exclusiva las grandes empresas.

España, pobre en recursos naturales, ha de sacar el máximo partido a lo que tiene: los hombres. Hay que poner el acento sobre producción que lleve incorporada inteligencia. Es deseable un aumento del sector de servicios, que pide una menor inversión y un reducido consumo energético. Invención, más garantía de calidad, debería ser nuestra aportación. Nuevos sectores, como la telemática, con un futuro próximo y asegurado que contribuirá a cambiar muchas de las actuales costumbres, deberían recibir como el diseño, por ejemplo, una atención particular. Y no menos una organización comercial que asegurara a nuestros productos y servicios el debido control de calidad y atención posterior. En cierto modo, un modelo posible podría ser Suiza, pobre en riquezas naturales, rica en tradición de trabajo bien hecho y donde el Estado no se ha convertido todavía en protector que ahoga.

Nuestra economía, tal como sumariamente la esbozamos, debería ser complementaria de la europea. Y competitiva. Esta es una condición de vida

* Presidente de las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación de España.

o muerte. Hay que recuperar nuestra productividad: cuando una marca de automóviles del país produce nueve coches al año por obrero, mientras que la Opel alemana produce 16 y la Toyota japonesa 30, no tenemos nada que hacer. Y el remedio ha de venir de todos lados: del trabajo del obrero, pero no menos de la calidad de organización y capacidad de los técnicos.

Y hemos de ser competitivos para poder exportar, y tenemos que exportar para pagar las importaciones que necesita un crecimiento económico que debe de mantenerse si queremos que la sociedad española no pierda su movilidad y su capacidad de asimilar cambios.

Porque, en definitiva, es ésta, la sociedad, la que primordialmente nos interesa: una sociedad que querríamos que no presentara signos de envejecimiento ni, por tanto, de rechazo a lo novedoso; que mantuviera una cierta cohesión en torno a nuevos valores, más interesada por la calidad de vida que por el consumo, y en el que las demandas «modernas» de liberación, y al mismo tiempo de enraizamiento, pudieran obtener satisfacción. Una sociedad en la que, como en la japonesa —y esperamos que con los mismos frutos—, se hicieran compatibles la modernización con el sentimiento de comunidad, de solidaridad en la empresa y en la vida colectiva, gracias, seguramente, a una mayor participación.

No hace muchos días leía la definición que el gran psicólogo recientemente desaparecido, Jean Piaget, daba sobre la inteligencia. «Es —decía— la capacidad de adaptación a las situaciones nuevas. Es, antes que nada, comprender e inventar.» Me parece que no podría expresarse con mayor exactitud lo que los españoles deberíamos tener y lo que permitiría abrigar las mayores esperanzas.

J.M.F.*